

ARTICULO SEGUNDO.

De la caridad necesaria á una maestra de novicias.

La mayor parte de las novicias que entran á una comunidad, para hacer en ella sus pruebas, están empapadas en las máximas mundanas, acostumbradas á seguir sus propias luces, á hacer su voluntad, á buscar lo que les agrada, á huir de lo que les repugna, á tener una vida toda natural; y sus virtudes consisten, por lo regular, en prácticas puramente exteriores. No es cosa fácil, como ya lo hemos observado, formar á tales personas en el cumplimiento de los consejos evangélicos, en la humildad, en la obediencia, en la mortificación, en la pobreza, en el amor de la soledad y del silencio, en la vida espiritual é interior; en una palabra, hacerlas renunciar á sí mismas, cargar su cruz y seguir al Salvador. Si, según las palabras de un santo Pontífice, el gobierno de las almas es el arte de las artes, se puede decir que el gobierno de esta clase de almas, es el negocio mas difícil de cuantos hay. Pues bien, una de las virtudes mas esenciales á una maestra, para obtener buenos resultados, es la caridad.

buen resultado, como el mas elevado y perfecto á los ojos de los hombres. Esto nos lo explica admirablemente San Pablo: Dios, di-

Una maestra sábia, debe, pues, cumplir las promesas del Salvador, honrar el Evangelio, y no dar lugar á las que dirige, de que piensen y digan que todas las pretendidas ven-

Comenzad por ganar el corazon de los pueblos, escribia San Francisco Xavier á sus hermanos que trabajaban, bajo su direccion, en la conversion de las Indias y del Japon, y despues hareis de sus almas lo que querais. Tambien una maestra debe comenzar por ganar el corazon de sus novicias. La mayor parte de los hombres se conducen por el corazon; allí es donde debe plantarse el timon: dado una vez el impulso en este lugar, todo el resto obedece fácilmente, y toma la direccion que se le quiere dar.

Nuestro corazon está hecho así, dice el padre Lafiteau, se cierra á la indiferencia, y se abre á la amistad que se nos manifiesta, y á la caridad de que se nos dan señales: pocos hay que resistan largo tiempo á un afecto constante y al testimonio de una verdadera ternura.

Que procure una maestra, ante todas cosas, tener por sus novicias el afecto de una madre; que las considere como hijas predilectas que le ha confiado el cielo, para que purifique sus corazones y sus almas, y haga brotar en ellas la gracia, elevándolas hasta la perfeccion, y preparando así á Jesucristo unas esposas dignas de él; que provea con

ARTICULO SEGUNDO.

De la caridad necesaria á una maestra de novicias.

cuidado y empeño á todas sus necesidades espirituales y corporales; que cuide con celo á las enfermas; que fortifique á las débiles, conserve á aquellas cuya salud es próspera; que consuele á las que están afligidas, sostenga á las que vacilan, levante á las que caen; en una palabra, que se esmere con todas á fin de ganarlas para Jesucristo. ¿Hay alguna novicia que pueda resistir á tanta bondad, solicitud, abnegacion y caridad? Siguiendo este camino, una maestra llegará infaliblemente á conquistar todos los corazones; y una vez que los tenga en sus manos, los manejará como una cera blanda que recibe todas las formas que se le quieren dar: las llevará por los senderos mas ásperos y escarpados, y ellas le seguirán contentas; mientras que por la sequedad y rigidez, solo hubiera obtenido sacrificios arrancados al terror, y que no las hubiesen hecho ni mas generosas ni mas virtuosas.

No solo es la caridad para una maestra, un medio seguro de obrar el bien entre sus novicias, sino que tambien es un deber.

Despues del buen ejemplo que es menester dar á las personas que uno gobierna, dice Beaufils, no veo nada mas importante que

Una maestra sábia, debe, pues, cumplir las promesas del Salvador, honrar el Evangelio, y no dar lugar á las que dirige, de que piensen y digan que todas las pretendidas ven-

la caridad que se les debe: caridad mas fuerte, mas tierna, mas estensa y perfecta bajo todos aspectos, que la que se deben tener entre sí el comun de las religiosas. En esta señal se ha de distinguir el buen pastor del mercenario, y las maestras verdaderas de las que no tienen mas que el nombre, y carecen de los sentimientos debidos. A ellas les toca realizar la palabra del Hijo de Dios, haciendo encontrar el céntuplo, desde esta vida, á las que han abandonado el mundo y cuanto poseian; no el céntuplo de los bienes y de los honores temporales que ellas han despreciado, sino el céntuplo de un bien al cual no se renuncia cuando se abandonan todos los demás, quiero decir, del amor y ternura de sus prójimos; de suerte que una maestra ocupa para ellas el lugar de padre, de madre, de hermanos, y en un sentido pueden decir éstas de aquellas, lo que Jesucristo dice del que hace la voluntad de su Padre celestial: *Este es mi hermano, mi hermana y mi madre.* A esta madre espiritual toca suplir á la benevolencia, á los cuidados, á la ternura de los padres, segun la carne; enjugar las lágrimas que hace derramar una separacion tan dolorosa; impedir el dolor que produce el recuer-

ARTICULO SEGUNDO.

De la caridad necesaria á una maestra de novicias.

do de las caricias y señales de amor recibidas de los que nos dieron la vida, haciendo encontrar con mas ventaja todo lo perdido bajo este aspecto. Las novicias, separadas de sus parientes, se consideran como huérfanas, y en efecto lo serian, si Dios no les diera, en la persona de una maestra llena de caridad, una protectora poderosa, que debe ser su apoyo, su consuelo y su ayuda. Siempre tienen, es verdad, un Padre en el cielo, á quien invocan como los otros fieles, y un Padre inmortal que nunca les ha de faltar; pero este Padre celestial se descarga, en aquellas que pone en este mundo en lugar suyo, de los cuidados paternales que deben esperarse de él.

La maestra de novicias debe corresponder dignamente á tan alta mision; no dando nunca ocasion á que aquellas que se han confiado á sus cuidados, vuelvan sus miradas hácia el mundo, buscando el socorro que se les rehusara en la casa del mas poderoso y mas liberal de los maestros. Que al contrario, puedan decir, que lejos de haber perdido al cambiar de estado, sienten todos los dias, cuán preferible es un amor fundado en una caridad toda espiritual y sobrenatural, al que la naturaleza sola inspira á unos padres mortales.

Una maestra sábia, debe, pues, cumplir las promesas del Salvador, honrar el Evangelio, y no dar lugar á las que dirige, de que piensen y digan que todas las pretendidas ventajas del estado religioso, que tanto se ecsaltan, no son mas que piadosas ecsageraciones, lazos tendidos á la credulidad, y que ese nombre sagrado de madre con que se honra, explica mucho menos lo que ella es, que lo que debiera ser.

No os hagais dignas de tan vergonzosos reproches, continúa el padre ya citado; acordaos siempre, de que en calidad de gefe del noviciado que gobernais, teneis el lugar de Dios, que estais revestida de su autoridad, y sois depositaria de sus derechos; pero tened cuidado, de que de todas sus divinas cualidades solo pretendais ejercitar su poder y su justicia; no olvideis que su bondad es, entre todas sus perfecciones, la mas querida de su corazon paternal, y que ella es la que principalmente debeis imitar. *Vosotros sois*, dice San Pablo, *los escogidos de Dios, y sus tenientes sobre la tierra; revestíos, pues, de ternura, de misericordia y de amor. Ved hasta donde llega el amor de Dios para los hombres. Los lleva entre sus brazos; justos y pecadores le*

nen el espíritu de servidumbre en el temor; pero vosotros, que os conducís segun el espíritu de Jesucristo, no seais así; emplead los

son queridos: no los desecha por sus defectos, les perdona sus faltas, les alimenta y les defiende; mira sus intereses como los suyos propios, y se siente herido en las niñas de sus ojos, si se les hace el menor mal. He aquí vuestro modelo; y si no podeis encontrar alguno mas grande, tampoco debeis proponeros otro inferior. Imitad su ternura, adquirid sus sentimientos, ó absteneos de desempeñar sus funciones y de ocupar su lugar.

La caridad de una maestra no debe limitarse á los sentimientos, sino pasar á los efectos y ser benéfica. No estimeis, dice San Bernardo, en el cargo que ejercéis, mas que el poder que os da de contribuir á la felicidad de otro. No es una grande dicha, añade él, el mandar; pero es una grande desgracia no ser útil cuando se manda. Trabajad, pues, sin descanso en el bien de las personas que el Padre celestial ha puesto bajo vuestros cuidados, socorredlas, servidlas, complacedlas, y sazoned cuanto hagais con modales mas comedidos y agradables que el beneficio mismo. Poned una atencion continua en estudiar sus necesidades, en lo concerniente al alimento, ó el vestido, ó la habitacion, ó lo que puede contribuir á restablecer la salud ó á conservarla.

preferible es un amor fundado en una caridad toda espiritual y sobrenatural, al que la naturaleza sola inspira á unos padres mortales.

No esperéis para remediar estas necesidades, que se os hagan conocer; estudiadlas con cuidado, y prevenid hasta los deseos. Es hacer un favor de doble precio, el ahorrar el trabajo de pedirlo. Hay personas tímidas ó discretas con exceso, que se resolverian mas bien á sufrir que á ser importunas; otras hay mortificadas, á quienes un espíritu de penitencia hará ocultar y sufrir en silencio sus necesidades mas imperiosas; las hay orgullosas y altaneras, que quisieran mejor carecer de los ausilios necesarios ó procurárselos por medios ilícitos, que humillarse hasta pedir para obtenerlos. Una caridad atenta y preventiva remedia todo esto.

Y no digais que siendo el estado religioso un estado de abnegacion, no es malo que se encuentren en él frecuentes ocasiones de paciencia y mortificacion; esto es cierto, pero no os toca á vosotras proporcionar esas ocasiones; bastante materia de sufrimiento se presenta, sin que haya necesidad de procurarla. Si el celo por la perfeccion de los inferiores, es el que restringe la caridad de los que gobiernan, es un falso celo, que no es segun la ciencia. La virtud y la perfeccion, no se esci-gen, se persuaden; además, las virtudes no son

nen el espíritu de servidumbre en el temor; pero vosotros, que os conducís segun el espíritu de Jesucristo, no seais así; emplead los

incompatibles entre sí; y si á veces una debe ceder á la otra, la menos perfecta ha de ser la que ceda. ¿Será un verdadero celo, despojarse de toda compasion, dar lugar á justos disgustos, poner unas virtudes frágiles á pruebas en las que se prevee que infaliblemente sucumbirán? Nosotros pedimos á Dios, que no nos deje caer en tentacion; y ocupando su lugar, y debiendo tener sus sentimientos, espone-mos á las personas que nos están sometidas á las mas fuertes y penosas tentaciones, sin estar en estado, como él, de darles fuerza para resistirlas: ¿está esto puesto en razon?

ARTICULO TERCERO.

De la dulzura necesaria á una maestra.

Jesucristo, perfecto modelo de las maestras, les presenta en toda su conducta el carácter de dulzura que necesitan, para producir el bien, en su empleo. Toma, dice Beaufile, el nombre de cordero, y tiene la paciencia y la bondad de él: enemigo del pecado, ha venido, no para castigarle, sino para quitarle del mundo; parece que se descuida de los justos

preferible es un amor fundado en una caridad toda espiritual y sobrenatural, al que la naturaleza sola inspira á unos padres mortales.

do, y que en el fondo no buscan sino la gloria de Dios y la belleza de su casa. Pero aunque alabo la sustancia de su celo, no puedo elevar las formas de él, en medio de esta

por llamar á los pecadores. *No rompe la caña ya rajada; no apaga la mecha que aun humea.* De todas sus cualidades divinas, las que mas le complace que imitemos, son, su dulzura y su humildad, virtudes que son siempre compañeras: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* Ellas han brillado en toda su conducta, respecto de los pecadores: la muger pecadora, la muger adúltera, Zaqueo, los publicanos, son de esto unos ejemplos brillantes. Ni aun al traidor Judas deja de intentar ganar, por los rasgos de una mansedumbre inaudita, dándole el dulce nombre de amigo, en el momento en que el pérfido consume contra él su sacrilego atentado. Este es el espíritu de la nueva ley; ley de gracia y de amor: y segun este espíritu, exhorta el apóstol á sus cooperadores en el santo ministerio, para que empleen la dulzura en las correcciones y en las penas. Que los soberanos del siglo, dice él, que unos hombres profanos se hagan temibles para hacer mejores á los demás, está muy puesto en razon, cuando se trata de unas gentes que tienen *el espíritu de servidumbre en el temor;* pero vosotros, que os conducís segun el espíritu de Jesucristo, no seais así; emplead los

incompatibles entre sí; y si á veces una debe ceder á la otra, la menos perfecta ha de ser la que ceda. ¿Será un verdadero celo, despojarse de toda compasión, dar lugar á injustos discor-

consejos templados por la dulzura, contra los infractores de la ley.

Si las maestras observan frecuentemente otra conducta, no es sin duda porque desprecien los ejemplos y autoridades tan respetables, sino porque cuesta á la naturaleza arreglarse á ellos. Para esto, se necesita haber muerto á sí mismo, ser humilde, sensible, compasivo, caritativo; en lugar de que, por lo comun, solo agrada dominar, se acostumbra la dureza, se carece de sentimiento, se pretende hacerse temer; sin tomarse el trabajo de considerar los efectos que produce un rigor inconsiderado; que disgusta los ánimos, indispone los corazones, multiplica las faltas, añadiendo la rebelion á la desobediencia formal. ¿Eso toca á las culpables y no á nosotras; que sufran ellas que lo merecen; que no evitaron lo que les ha acarreado los justos castigos de que se lamentan: es necesario reservar la dulzura para aquellas cuya vida es arreglada; las otras abusarían de ella! ¿Nos temerán si no pueden amarnos, y es mejor para nosotras, que nos teman, y no que crean que las tememos! Pretestos frívolos, que solo pueden valer para los corazones perversos; máximas odiosas que podrian adoptar unos

do, y que en el fondo no buscan sino la gloria de Dios y la belleza de su casa. Pero aunque alabo la sustancia de su celo, no puedo elabar las formas de él en medio de este

tiranos, pero que son poco convenientes para unas personas, que solo deben conducir el espíritu de religion, que llevan el nombre de madres y que deben tener los sentimientos de éstas.

Hablando en general, la dulzura es lo primero que debe ponerse por obra, y no hay facultad para usar los remedios violentos sino en los casos estremos y cuando no se puede obrar de otra manera. La dulzura siempre produce su efecto cuando se trata con espíritus razonables y corazones buenos. Como lo primero de que se trata, es de hacerles conocer sus errores, y de obtener de ellas la confesion de sus faltas, esto se consigue fácilmente, cuando sabe uno ganar su confianza y atraerse su afecto. La verdad, aunque amarga, se hace amar por todas partes, cuando no está armada de rigor; cuando la prudencia y los modales amables, la han preparado los caminos, y han templado su amargura; se la ama, cuando la misma que la hace conocer, sabe hacerse amar. Entonces lo que nos chocha, son nuestras faltas, y no las reconvenciones y avisos que nos las hacen conocer. Todo lo que producen ordinariamente los consejos sazonados de dulzura, es inspirar el reconocimien-

incompatibles entre sí; y si á veces una debe ceder á la otra, la menos perfecta ha de ser la que ceda. ¿Será un verdadero celo, despojarse de toda compasión, dar lugar á injustas disculpas,

to hácia quien los da, y el deseo de manifestarse, tratando de sacar el provecho que debe esperar.

La firmeza que no está templada y sazónada por la dulzura, dice Collet, tiene mas de capricho que de virtud; se convierte en aspereza y dureza: uno mismo es imperfecto, y quisiera que una neófito de algunos dias no tuviera imperfecciones. Se le habla con un tono áspero; no se le pinta la virtud con aquellos rasgos que la hacen amable. Se cree, que se le quiere persuadir, que la sabiduría ha fijado su domicilio en una tierra que devora sus habitantes: sin consejos cuidadosos, ó al menos, sin ninguno de aquellos que dictan la caridad y la ternura, cada falta tiene al momento su penitencia; y despues se sigue un castigo mas severo: muy pronto se considera como incorregible á una persona que la paciencia, la afabilidad, los buenos modales, hubieran corregido. Porque, en fin, es raro que el corazon, si no está muy dañado, no entienda las manifestaciones del corazon; y mas raro todavía, que no entienda, cuando solo la piedad es la que le hace hablar.

Yo sé que las maestras que se manejan así, tienen las mejores intenciones del mun-

do, y que en el fondo no buscan sino la gloria de Dios y la belleza de su casa. Pero aunque alabo la sustancia de su celo, no puedo alabar las formas de él; en medio de este celo, que tiene muy poca analogía con el del Salvador, una jóven, en quien hay mas vivacidad que mala voluntad, se encuentra toda desconcertada. Su corazon disgustado, murmura; su llaga se gangrena todos los dias; donde quiera que vuelve los ojos encuentra una frente austera y un semblante ceñudo. Finalmente, toma su partido y va á distraerse en el mundo, á espensas del claustro, de los pesares que ha tenido que sufrir: la severidad la ha perdido, una dulzura bien entendida la hubiera salvado.

Se lee en la vida de San Bernardo, que al principio se mostró muy severo con los religiosos. No tenia miramientos á la debilidad humana, dice el autor de su vida; de suerte que algunos hermanos, que por otra parte eran muy humildes y dóciles á sus consejos, comenzaban á caer en el desaliento. Bernardo reconoció su falta, y para castigarse de ella, se condenó á un largo silencio. Habiendo renunciado á su severidad primitiva, se volvió lleno de dulzura para con todos los re-

cuando estemos perezosos, y recurrir para esto á una saludable violencia.

Un campo no es fértil, precisamente por-

ligiosos. Seguía la mácsima, repetida con tanta frecuencia en sus obras, de que un superior debe mas bien gobernar como padre, que mandar como señor: cuanto prescribía á los demás, él lo practicaba primero. Si reprendía á algun fraile tibio, ó le imponía alguna penitencia, lo hacia con tal ternura, que se dejaba bien ver la compasion que tenia del culpable; compasion, aún mas grande que la confusion de éste ó la pena que se le imponía para castigarle: hubiera él querido participar de lo uno y de lo otro en su compañía. En sus eshortaciones, se comparaba á una madre; llamaba á sus discípulos sus ojos, sus entrañas, su corazon; en las tiernas dilataciones de su alma, parecia derramar la miel y el maná; y si el dolor mismo pudiera, dice un gran prelado, hacer homilias y escribir libros, se esplicaria como San Bernardo. El fruto de semejante conducta fué, que los que al principio se iban desalentando, se lanzaron con una santa alegría en los caminos de la perfeccion, y el monasterio de Clairvaux pareció cambiado en paraiso; se vieron hasta setecientos frailes volar á la menor señal de la voluntad de Bernardo, y obedecerle como á un ángel enviado del cielo.

La prueba es la que le nace hablar.

Yo sé que las maestras que se manejan así, tienen las mejores intenciones del mun-

La esperiencia le habia enseñado, como él mismo lo declara, que no se consigue ningun bien, cuando no se gobierna á los otros con un espíritu de dulzura. Si es imposible agradar á Dios sin la fé, no lo es menos ganar el corazon de los hombres ó conducirlos bien sin la dulzura. No hay nadie que no desee tener por superior á una persona que por bondad y por humildad se crea inferior á todo el mundo; se obedece con gusto, y aun se va mas allá de lo prescrito, cuando mandan el amor y la dulzura.

ARTICULO CUARTO.

De la firmeza necesaria á una maestra de novicias.

Si es necesaria la dulzura á una maestra, no lo es menos la firmeza. La dulzura sola, dice Collet, no hace menos mal que la pura y simple rigidez. Si la una degenera en dureza, la otra degenera en indolencia ó en debilidad; todo lo pasa, todo lo disimula, todo lo perdona; muchas veces tambien trata de no ver, á fin de ahorrarse el disgusto de reprehender, cosa que molesta siempre á un buen corazon, pero que no deja de ser necesaria.

cuando estemos perezosos, y recurrir para esto á una saludable violencia.

Un campo no es fértil, precisamente por-

Por medio de una conducta tan blanda, la juventud se vuelve licenciosa: ya no hay silencio, ni trabajo, ni lecturas que se hagan con aquel espíritu de recogimiento y atención, sin el cual son inútiles. Bien pronto, todo el noviciado se convierte en una escuela de disipación; la piedad comienza á languidecer, y luego se apaga insensiblemente: se avanza el término de la carrera, se hace profesión, y ¡quiera Dios que no sea tan funesta para los que la reciben como para los que la hacen!

Una sábia firmeza, templada por la dulzura y la caridad, es, pues, indispensable á una maestra. El hombre, dice Beaufils, segun la Escritura, es inclinado al mal desde el momento que comienza á conocerse. Todo le conduce al vicio y le aleja de la virtud; esclavo de sus pasiones, idólatra de sí mismo, no tiene mas que hacer que seguir sus inclinaciones, para que todos sus pasos sean otras tantas caídas y extravíos. Para un mal tan grande, ¿qué remedio, sino contrariarse á sí mismo, combatirse y renunciarse? Pero, ¿cómo encontrar para esto bastante valor y fuerza en un fondo dañado y corrompido? ¿Quién se amará lo bastante para aborrecerse á sí

no la piedad es la que le hace hablar.

Yo sé que las maestras que se manejan así, tienen las mejores intenciones del mun-

La prudencia debe servir á las maestras para usar y utilizar todas las cualidades propias de su empleo, guiarlas en el ejercicio de la caridad, de la dulzura y de la firmeza: de-

mismo? Es necesario, pues, que otros ayuden, que empléen con nosotros, á pesar nuestro, un rigor que no podemos resolvernos á ejercer; que sin escuchar nuestras quejas, solo tengan miramiento á nuestras necesidades; y que para curar llagas profundas, que los paliativos no harían sino mantener, se armen del hierro y del fuego. Este es el fundamento de la severidad religiosa; esto se propusieron los que formaron esos estatutos, esas reglas, esas prácticas penosas establecidas en los claustros; medios, que á pesar de su rigor, poco servirían si no hubiera personas á propósito para hacerlos emplear; pues no basta que una regla sea severa, si no se toman los caminos mas eficaces para hacerla observar. Los votos, los reglamentos, las ordenanzas, no tienen sino una autoridad inanimada y sin fuerza, si no se les ayuda por otro conducto. No son, sino guías que nos enseñan el camino que debemos tomar; mas como éste es rudo y estrecho, es preciso forzarnos á caminar por él, enderezarnos cuando nos extraviemos, levantarnos cuando caigamos, darnos prisa cuando estemos perezosos, y recurrir para esto á una saludable violencia.

Un campo no es fértil, precisamente por-

Por medio de una conducta tan blanda, la juventud se vuelve licenciosa: ya no hay silencio, ni trabajo, ni lecturas que se hagan

que esté situado en un buen terreno, porque tenga sol y las lluvias y estaciones á placer: es preciso que el arado abra su seno, que una mano cuidadosa arranque sin piedad las malas yerbas y las espinas que brotan sin cesar, y que le desfigurarian si estuviera sin cultivo.

Tal seria un noviciado que no tuviera para santificarse, mas que los medios de santificacion que la regla le proporciona. Los sacramentos, las instrucciones, las oraciones, las penitencias, todo esto serviría poco, si no estuviera gobernado por una maestra firme y atenta á hacer practicar estos medios, á castigar las faltas, á desarraigar los abusos, y á emplear para esto el santo rigor de las correcciones, cuando no pueda conseguir su objeto por medios mas dulces. Tal es el deber de las maestras; y solo necesitan profundizar unas verdades tan sólidas, para animarse con el valor necesario para cumplirlas.

Si estas miras tan puras y racionales les hacen ejercer la severidad, no deben temer hacer su ministerio odioso. La severidad no siempre es una señal de ódio, así como la dulzura no es una señal de amor. ¿Qué cosa es aborrecer? dice San Agustin: es querer

La prudencia debe servir á las maestras para usar y utilizar todas las cualidades propias de su empleo, guiarlas en el ejercicio de la caridad, de la dulzura y de la firmeza: de-

mal. ¿Qué cosa es amar? Es querer bien. Y como los bienes y los males, ora son reales, ora son aparentes, muchas veces se les confunde, y el amor tiene los efectos del ódio, y el ódio los efectos del amor. Es amar al enfermo, causarle un dolor que debe obrar su curacion: se queja, grita, pero una mano hábil y amiga, sin hacer caso de esto, continúa la incision. Por eso el Espíritu Santo nos enseña, *que un padre no ama á su hijo, cuando le escacea el azote*. Dios, el mejor de los padres, ¿no emplea frecuentemente los castigos mas duros con aquellos que ama y á quienes quiere salvar?

No temais, pues, continúa el padre ya citado, practicar cuando sea necesario, una severidad tan loable en su principio y tan útil en sus efectos. No deis oidos á una falsa compasion, que degeneraria en una verdadera crueldad. Solicitad, instad, despertad á los perezosos; haceos santamente importunos; reprended con libertad á los rebeldes; emplead con ellos súplicas, reconvenções, amenazas; ora suplicantes, ora indignadas, animadas siempre del dolor de sus faltas y del deseo de su enmienda. No os contenteis con infructuosos consejos y frias reconvenções. El

Por medio de una conducta tan blanda, la juventud se vuelve licenciosa: ya no hay silencio, ni trabajo, ni lecturas que se hagan

gran sacerdote Helí lo hacia de este modo con sus dos hijos: *¿Por qué teneis*, les decia él, *una conducta tan poco digna del ministerio que ejercéis? Dais lugar á mil rumores desagradables que son en daño vuestro: corregios, hijos míos.* Este celo, loable en cierto modo, pero muy débil y muy blando, no le dió ningun buen resultado: debia, segun la ley, acusar á los culpables ante los jueces, y proseguir su condenacion: no lo hizo, y este fué su crimen, que costó la vida á él, á sus hijos, y á cuatro mil hombres del pueblo, que cayeron bajo la cuchilla de los Filisteos. *¿Por qué esta severidad de Dios?* Porque Helí no habia sido bastante severo para con aquellos á quienes debia corregir en calidad de padre y de pontífice.

La dulzura sola no es, pues, suficiente en una maestra; debe estar acompañada de una sábia firmeza.

ARTICULO QUINTO.

De la prudencia necesaria á una maestra de novicias.

Hay dos especies de prudencia: la una falsa, que la Escritura llama *prudencia de la carne*, ó *prudencia del siglo*; la otra verda-

La prudencia debe servir á las maestras para usar y utilizar todas las cualidades propias de su empleo, guiarlas en el ejercicio de la caridad, de la dulzura y de la firmeza: de-

dera, que es la que Jesucristo recomienda bajo el nombre de *prudencia de la serpiente*. La primera debe evitarse como un vicio reprobado por Dios; porque, aunque corresponda á sus fines y dé algun buen resultado, no es sino por senderos torcidos y medios poco legítimos: á esta prudencia se le llama astucia, artificio, política, ó mas bien, lo que podria llamarse duplicidad, bribonada, mala fé: esta prudencia, dice la Escritura, *es enemiga de Dios, porque se sustrae á la ley, y solo enseña á hacer el mal.*

La verdadera prudencia es muy distinta, dice el padre Beaufils; la sencillez de la paloma le acompaña siempre, pero sin degradarla ó debilitarla, pues Jesucristo quiere que no se separe jamás la una de la otra. Esta prudencia no es otra cosa, segun San Basilio, que un esacto conocimiento de lo que importa hacer ó no hacer; á lo que añade Santo Tomás, la docilidad para aprovechar las luces de la gracia; la destreza para facilitar la ejecucion de lo que se ha proyectado; el arte de razonar con esactitud para libertarse de los errores en que se pudiera incurrir; la circunspeccion para ecsaminar un proyecto antes de darle su última forma; la precaucion para